



Lucio V. Mansilla

Pérez

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

Pérez

A mi amiguito Horacio Mayer

J'ai lu vos livres, c'est très fort. Mais vous exagérez la description et puis ces termes...J'en arrive a me demander si le talent suprême ne serait pas d'écrire très simplement des choses très compliquées.
De Goncourt a Rosny¹

Yo he tenido un socio que se llamaba así: Pérez.

Era cordobés. ¿Qué quieren ustedes? Entre mis muchos lados flacos, he tenido la manía de los cordobeses. Y si agrego la de las cordobesas, habré dicho toda la verdad.

En Córdoba he hallado adhesión, cariño, hospitalidad. Y empezando por el negro Juan Patiño y acabando por Camilo Arias, mi famoso baqueano, y por Macario Montiel y por Rufino Pereyra, mis célebres asistentes, de los cuales algo ya he dicho en estas *causeries* y en mi libro *Una excursión a los indios ranqueles*, he podido constatar que los cordobeses son bravos y astutos, y que adquieren fácilmente espíritu de cuerpo.

En cuanto a las damas cordobesas, a la mujer cordobesa, son como casi todas las de su sexo: constantes mientras les dura el entusiasmo; y si hubiera de ponerles un tilde, diría que su defecto capital es ser en extremo celosas. En mi práctica, empleando la fórmula médica, se me han presentado varios casos típicos de matrimonios infernales, a consecuencia de esa pasión ciega que tanto trunca y ofusca, agrandando lo chico y achicando lo grande, a punto, a veces, de no dejarlo ver. Quizá tienen razón. El marido cordobés suele no ser muy trigo limpio. Y el *porqué* me lo trago, remitiéndolos a ustedes a una razón que está en la famosísima comedia *La noche de reyes* o *Wath you wille*, cuando don Andrés de Sacorrostro le dice a Tobías: “No tengo razón bien meditada, pero tengo razón que me sobra”.

Pérez llegó a ser mi socio, el mejor y el peor socio que he tenido, no obstante su honradez. Y lo fue por sugerencias de mi padre, el cual, siendo yo jefe de fronteras y echándosela de previsor, me aconsejó que me hiciera estanciero.

Mi padre era un hombre especial, delicioso, encantador, bajo ciertos aspectos privados. Tenía visiones proféticas e inocencias de niño. Creo que algo me parezco a él en esto. (No guiñen ustedes el ojo.)

Vean ustedes si tenía visiones.

¹ “He leído vuestros libros. Eso es muy fuerte. Pero exageráis la descripción, y luego esos términos...He llegado a preguntarme si el sumo talento no consistiría en escribir muy sencillamente cosas muy complicadas.”

Siempre decía: “En este país todo hombre previsora debe tener horno de ladrillo o panadería; mejor si tiene las dos cosas. Porque, sean cuales sean nuestras desgracias, ahora la población ha de crecer, se ha de edificar y ha de haber quien coma pan y busque abrigo. Los malos tiempos son como las tormentas, pasajeros...y éstos pasarán como han pasado otros más duros para la vieja humanidad”.

Él tuvo siempre horno de ladrillo y panadería en sociedad y, si no lo enriquecieron, lo ayudaron a vivir en una época en la que no había mucho que digamos en qué especular; la bolsa y la vida estaban poco seguras, siendo nuestra amada tierra teatro de horrores entre hermanos.

“Ahora que estás en buena posición, hijo mío – me decía en una misiva tan extensa como afectuosa y chispeante -, hazte estanciero: la tierra es el porvenir, vale poco, nada, con relación a lo que ha de valer, y el ganado vacuno, por muy mal que se le cuide, da un interés tan elevado que hay hasta para que a uno lo roben.”

“¡Estanciero yo! – pensaba - .¡Si no tengo vocación por los animales, si no me gusta el campo sino para filosofar y aburrirme, si he nacido para vivir en el bullicio hasta que no pueda más!” Y no es así, aunque así parezca; pero puesto que así parece, así será. La sociedad suele no tener más razón para creer y condenar que las apariencias. Y el hombre es tan emperrado que se hace inofensivo recordarle que la sabiduría antigua dice: “Las apariencias engañan como el oropel”.

Sensato o no lo que queda dicho, exclamé mentalmente en mi soliloquio: “Pues no hay más, me haré estanciero. Seguiré el consejo de mi padre”. Y me puse a cavilar *cómo...*

Estaba en Achiras con varios oficiales, Mauricio Mayer entre ellos; en *las Achiras*, mejor dicho, que como ustedes saben es una aldea situada en la falda de los últimos pliegues de la sierra de Córdoba, pliegues que se pierden como de mala gana, según lo atestiguan algunos pequeños cerros desparramados en lontananza, hacia el sur, por la *pampa*, cruzada por los caminos que van para San Luis y Cuyo.

Había allí unos baños medicinales. Era verano y contaban prodigios de aquellas aguas salutíferas. Yo estaba sano, como ahora, y fuerte, no tanto como ahora. No necesitaba agua para curarme de nada; pero tenía calor, mucho calor, como ahora todavía, y ¿cómo no bañarme? Me bañé.

Los baños eran riquísimos, y el sitio, pintoresco, ideal, como para desear pasar allí la luna de miel. Yo no sé por qué no se dice el sol...de cualquier cosa. ¿O ese momento es templado como una noche de verano? ¿Mayer no dice “el sol de Valencia” por “la luna de Valencia”?

Me enamoré, pues, de los baños y del lugar, de la tierra en que estaban ubicados, pastando por sus alrededores algunas cabras y ovejas, y por sus alledaños unas pocas vacas.

“Compraré esto – fue la reflexión que me hice – y una vez que lo posea, seré lo que mi padre quiere, *estanciero*.”

-¿A quién pertenece esta propiedad? Es grande, ¿la querrán vender? – pregunté.

-Pérez se llama el dueño; es un viejo; el campo es regular; no sabemos si lo querrá vender – me contestaron.

-Que me lo traigan a Pérez, que me lo traigan – repuse. Y dicho y hecho, Pérez vino.

Era un hombre así como de unos sesenta y dos años, de regular tamaño, retacón, con una cara pánfila que no decía nada, bien engordado, aseado, afeitado a la marsellesa hasta el lustre; usaba sombrero de copa alta, antiquísimo, secular, con uno que otro pelo color ratón; chaqueta, pantalón corto sin ser ajustado, medias de lana azules burdas y zapatos de orillo, tejidos como ya no se ven. En mi tiempo los vendían en las bandolas de la plazuela de San

Francisco, y allí los compraba mi abuelo, don León Ortiz de Rozas. En una palabra, Pérez tenía el aspecto decente de un *propietario* cerril, y por esto último, sin duda, llegó a mí ahogado y temblando...que siempre en el interior, a causa de nuestras trifulcas, ha inspirado más miedo un coronel que un general.

-¿Es suyo, paisano, un terreno “donde los baños”?

-¡Sí, mi señor!

-Quiero visitarlo.

-Como güecelencia mande...

Y fuimos con un sol que rajaba.

Pero ya yo estaba tentado por la ambición de ser estanciero...o como dice Shakespeare, el ansia me espoleaba. Y ustedes saben lo que es la ambición, lo que es capaz de sudar un hombre por el derecho de figurar en el Registro de la Propiedad. ¡Conque hasta nos casamos por ser propietarios!

-¿Y qué extensión tiene su campo?

-*Veia*, mi señor, ¿ve aquel farellón de piedra? – esta palabra “farellón”, me la enseñó Pérez -. Ése es el mojón del norte; *pua ayá* está el otro, y *pua acá* uno más, y al sur, el arroyo.

-Entonces es grande.

-¡Je, je, je ¡ Así ha de ser, mi señor.

-¿Quiere vendérmelo?

-¡Pero ocúpelo no más, güecelencia, si es suio!

-No, paisano, si yo no quiero poblar; lo que yo quiero es que me lo venda.

El guaso no quería, y con maña de ladino repetía su fórmula de que lo suyo era mío; mas, estrechado por mi dialéctica, llegamos aquí:

-¿Y cuánto vale su terreno?

-¡*Veia*, mi señor! Yo lo compré en tiempo de don Manuel López, y lo pagué saladito, con plata blanca. Entonces no corría sino ésa, mi señor, éramos muy pobres...

Este animal, rumiaba yo, me va a pedir un despropósito.

-¿Pero cuánto pagó?

-*Trein*...

Al oír aquel “*trein*”...

“¡Pues no me va a pedir treinta mil pesos!”, pensé yo, y me estremecí...

-...*ta* – “*ta*”, clarito como suena el *tin tin* de dos monedas de oro que se chocan.

Esperé el “mil” con la emoción del condenado que espera su sentencia absolutoria o de muerte.

-...pesos...- agregó.

Y al oír “pesos” me pareció soñar, y exclamé en mis adentros: “¡Yo estanciero por tan poco! ¡Qué gusto va a tener tatita...!”.

Aquello era un éxtasis de propietario rural en perspectiva.

-Bueno, le voy a dar sesenta pesos.

-Como güecelencia guste.

-Y además, le compro sus ovejas y sus cabras y le regalo después la mitad de cada majada, y pondré algunas vacas, y así quedaremos de socios por tres años...¿Qué le parece?

-Como güecelencia mande; lo que es mío es de güecelencia.

Se extendió por autoridad competente -¿qué creen ustedes? – la escritura de compra-venta y el contrato para lo demás se hizo de boca, que el código es para los pillos que andan siempre a sotavento de la ley, y pagué los sesenta pesos ofrecidos; por más señas, que me los

prestó don Carmen Sarandon – hoy millonario como Ambrosio Olmos, que entonces era cuasi almacenero. Y así fui propietario cordobés, y ahora mi campo vale un platal y paga contribución directa; la paga por mí don Casimiro Olazábal y no está hipotecado, ni siquiera en un banco hipotecario.

¿Y cómo no escribirle a mi padre aquel triunfo del consejo previsor contra la *insouciance* del porvenir?

Le escribí, pues, con la sumisión acostumbrada; y recién me apercibí de que, queriendo hacerme estanciero, apenas me había hecho probable empresario de baños termales algún tiempo después, cuando me refresqué...y aunque por aquellos lugares ya no le dijeran a lo que antes había sido denominado lo de “ño” Pérez sino la “estancia” del coronel.

Naturalmente, yo dejaba decir. ¿Quién sale a contar que no es propietario en la escala que se le considera?

¿Y el crédito, a dónde me lo dejan ustedes? El crédito, que es como ser flaco y pálido para pasar por buen estudiante.

Regresé al Río IV, fresco como una lechuga, hijo obediente, vencedor de Pérez y...hacendado...rayano de Calamuchita...

No volví en mucho tiempo por las Achiras.

Pero vuelvo, y como mi socio ni me hubiera escrito, ni me hubiera mandado un cordero, un *cabrito*...siquiera, lo hago llamar.

Viene:

-Pero, amigo, ¡qué socio tan raro es usted! ¿Y por qué no me ha escrito nunca?

-¡Si no sé *escrebir*, mi señor!

Era una razón como un templo, mejor que la del viejo ermitaño de Praga, que con tanta gracia le dice a la sobrina de Gorboduc: “Lo que es, es” (*That, that is, is*). “Pues ¿qué es “que”, sino “que” y “es” sino “es”? (*For what is that, but that?and is, but is?*)

-Y ¿cómo van esas majadas?

-las mías, *rigularonas*; las de güecelencia, ¡medio atrasadas!

-¿Cómo es eso?

Se encogió de hombros.

-¡Vamos a ver!

Y fuimos...

En la aldea había gran cháchara.

“El coronel ha venido a pedirle cuentas a ño Pérez”, decían. “Ahora veremos... Y tan orgulloso que se había puesto el diantre del viejo, desde que era socio del coronel.”

Llegamos.

-*Velai* güecelencia: aqueias son sus majadas y éstas son las mías...

-¡Cómo así! Ésas son cuatro majadas...

-Ansí es, mi señor – y me miró como diciéndome con su sonrisa de patán: “Y menos no pueden ser”.

¿Saben ustedes lo que mi socio había hecho, *bona fide*, por supuesto? ¿O el interés bien entendido no empieza por uno mismo?

Esta sencillísima operación:

Recibió el importe de las cuatro majadas y su regalo, y acto continuo hizo cuatro: dos de ovejas, una mía y otra suya: dos de cabras, ídem ídem; y para vivir consumía de lo mío, que cuidaba poco porque es claro que, sin apercibirse, más cuidaba lo suyo propio.

Mis pobres ovejas y mis pobres cabras estaban, en efecto, bastante atrasadas.

-¡Pero, amigo! ¡Si será bárbaro usted! ¿Y cómo quiere que anden bien mis majadas así? ¿Cómo solo y de a pie va a atender usted cuatro majadas?...¡Y dos de cabras, tan luego, que no respetan laja ni breña alta donde trepar! Haga dos, deje las cosas como estaban cuando hicimos la sociedad: de ese modo tendrá menos atención y el negocio andará mejor.

-*Veia* – me contestó, brillándole en la pupila este pensamiento: “¡Dice bien, güecelencia, si realmente comiendo de lo suyo y de lo mío comemos de lo nuestro!” Porque después del *veia* agregó - : ¿Entonces, puedo comer de lo que caiga...?

-¡Ya lo creo! ¿Y de esta laya cómo habían de andar bien mis ovejas y mis cabras?

-*Veia*...- repitió –, tiene razón güecelencia – agregando -: No ha sido mala fe...

...Y sin embargo, allí había una complicación que consistía en que, si bien su idea al hacer las cuatro majadas no había sido explotarme, una vez más se había cumplido aquello de primero *miqui*...

¡Pobre Pérez!

¡Y qué susto se dio!

Al poco tiempo de esto entregó el rosquete al Redentor, pasando a mejor vida. Y como no hizo testamento, y como no tenía parientes, y como yo era dueño de todo - ¿o no era yo el coronel...? - , fui su heredero universal, no teniendo él más que aquello...los bienes semovientes que yo mismo le había regalado.

¿Para qué decir que yo nunca probé carne de mis ovejas ni de mis cabras?

Después caí en desgracia, como vulgarmente se dice. Reñí con el gobierno, que no era cordobés sino sanjuanino, y como gato escaldado huye del agua fría, espero que ahora no me pasará lo mismo...aunque este país es un país del diablo.

Lo poco que quedó de la historiada sociedad se salvó, no porque yo la echara como Noé, imitando al gran poeta, de buen piloto, sino porque *puaiá* por Calamuchita todo el mundo me quería. (¿Qué se han creído ustedes, que a mí no me pueden querer en alguna parte?) Y esperando que volviera, como el rey don Sebastián, decían (en esta tierra hay mucha gente buena, hasta en la Bolsa): “Eso es del coronel”. No lo cuidaban, pero tampoco lo tocaban.

Yo no me he muerto aún, aunque civilmente he estado alguna vez agonizando, y así puedo decir que mi heredero en este negocio fue un soldado a quien le regalé los restos de mis majadas, en un viaje que hice a San Luis...persiguiendo lo de siempre...el triunfo de la candidatura de ...otro, para presidente de la república...No tengo mala mano, siendo público y notorio, como lo saben propios y extraños, que la única vez que el parto me ha salido mal ha sido con el embarazo de la opinión pública, últimamente. Porque yo deseaba que fuera Dardo Rocha el presidente, queriéndolo mucho, y fue Juárez Celman: lo que no quiere decir que a éste no lo quiera bastante, y que yo haya perdido un ardite. Algún Arditi habrá perdido un ardite: yo no he perdido nada.

En cuanto al casco de la *estancia* – como antes he dicho -, ahí está intacto. Lo pongo a la disposición de todos mis amigos, sanos y enfermos. Aun a la disposición de los que no sean mis amigos, que han de ser más éstos que los otros, aunque a cada momento, cuando va uno por la calle y lo pisan, le digan: “Perdone, amigo”.

Allí, a los baños que tengo en mis tierras – un retazo de la Escocia, hasta con bardos que rasguean la guitarra - , allí van a bañarse de muchas leguas a la redonda, acampan al raso, convirtiendo mi propiedad en una especie de Cafarnaún los que padecen de enfermedades a la piel, de reumatismo, de dolores en los huesos (*versus* ya saben ustedes de qué) y creo que hasta los que padecen de la “influenza” de la pobreza...No se paga por mi agua, como en La Rioja por el agua ajena, que allí le dan a uno de comer, y de beber...*niente*.

Practico, así, al menos, una de las virtudes del cristiano dándole gratis socorro de agua al que lo ha de menester.

¿Y qué más quieren ustedes?

¿Hay baños más baratos en el mundo civilizado?

Los habrá, no discutamos; pero lo que sí afirmo sin admitir discusión, es que no hay nada más oneroso que un socio honrado y ...tonto.

Horacio:

Si llegas a hacer una sociedad cuando salgas de la patria potestad, te aconsejo que te asocies con tu padre...No perderás.

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo